

PROTAGONISTAS

GANADORES

 **Mónica y Sergio**


[Mónica González y Sergio Trouillet sortean su ático en Andorra para que no se lo quede el banco. Ya han vendido 350.000 euros en papeletas]

El primer boleto se lo compró la secretaria de su empresa. Convencieron luego a algún otro compañero de trabajo, a la familia... Poco más. Al principio la gente pensaba que se trataba de una estafa. ¿Cómo iba un particular a sortear piso a 70 euros la papeleta? A Sergio Trouillet, de 37 años, y a su chica, Mónica González, 37 también, españoles aficionados en Andorra la Vella, le costó mucho vencer aquel escepticismo. Cuatro meses después han despachado ya 5.000 de los 10.000 números que participarán en el sorteo —lo que supone 350.000 euros vendidos— y han atendido peticiones de Abu Dhabi, Irlanda, Bélgica, Venezuela, Suiza...

La idea surgió en el sofá que preside el salón, rojo como los números de su economía. Sergio, técnico de ascensores, compró el ático —100 metros cuadrados, 22 de terraza, zona de lavado...— con una pareja anterior. Fue caro, cuenta, «600.000 euros, añadiendo obras y papeleo». Pero ahí estaba el banco para ofrecerle una hipoteca de rimbombante nombre —joven plus— que adelgazó la cuota hasta los 1.200 euros. Hasta el día en que la letra dejó de ser joven y plus y subió a 2.000. Impagable para ellos. «Entonces pusimos el piso a la venta, pero no nos daban más de 450.000 euros y nosotros prácticamente sólo habíamos pagado intereses al banco», explica Sergio. Iban a perder la casa. «Pues para que se lo quede el banco», intervino Mónica, «¿por qué no lo sorteamos a ver si le toca a una familia que lo necesite más que el banco?».

No había buenos augurios en los precedentes. Los españoles que habían intentado antes sortear sus pisos toparon con que las autoridades declaraban las rifas ilegales. Quien más lejos llegó fue un jubilado alemán, que, en 2010, obtuvo el beneplácito de Loterías y Apuestas del Estado —a cambio tenía que pagarle un 15% del total recaudado—, pero no logró vender las papeletas y tuvo que quedarse con su piso en Mallorca. En Andorra la Vella, donde viven Sergio y Mónica, no hay impedimento alguno. Lo saben porque han contratado a un abogado que se encarga de que todo se ajuste a la ley. El sorteo se celebrará cuando vendan la papeleta número 10.000, ante notario. Si se suspendiera porque no logran despachar todos los números, se le devolvería a cada participante 69 euros, uno menos de lo que pagaron para cubrir los gastos que les ha supuesto el sorteo. Tienen 20 puntos de venta en Andorra, pero también sirven por internet (www.sorteigduplexandorra.com). «Si esto sale adelante, nos iremos a un piso de alquiler», dice Sergio, «se nos han quitado las ganas de comprar más casas». / ANA MARÍA ORTIZ

AZUL & ROSA

MI SEMANA / JAIME PEÑAFIEL

La gran pasión del rey

Don Juan Carlos acaba de recibir de los Emiratos Árabes Unidos el regalo de dos valiosísimos Ferrari, valorados en 500.000 euros. Aunque parezca increíble por lo que se cuenta, la gran pasión del rey no es Corinna, sino los coches. Conducir ha sido siempre una de sus grandes debilidades. Lo hacía, incluso, antes de tener carné. La primera vez que condujo en estas circunstancias fue en 1955, cuando era cadete de

la Academia General de Zaragoza. Lo hizo al volante de un Pegaso, propiedad del notario republicano Antonio García Trevijano. No fue ésta la única ocasión en la que su preceptor, el despótico general Martínez Campos, se vio obligado a intervenir para frenar la afición automovilística del entonces príncipe, afición que a punto estuvo de crearle problemas, uno de ellos, incluso, pudo ser muy grave.

Atropelló a un ciclista

Sucedió ese mismo 1955, cuando don Juan Carlos residía en Madrid, en el palacio de los Montellano, bajo la estricta dirección del duque de la Torre. Todos los domingos y después de oír misa, se programaban visitas por los alrededores de Madrid. Como siempre, el príncipe viajaba en el viejo Mercedes del ayudante Emilio García Conde y también con Alfonso Armada, que era secretario. El duque de la Torre, el preceptor, decidió ir en su propio coche. No sabía que todos se alegraban. El que más, el príncipe. Ello le permitía sentarse al volante y conducir sin que el estricto general se enterara. Al llegar a Olmedo, se encontraron con un paso a nivel cerrado. Junto al Mercedes, conducido por don Juan Carlos, un ciclista aguardaba a que la barrera se levantara. En mi libro *El Mini Azul Borbón* (Temas de Hoy, 2009), recordaba que al arrancar, una vez que el paso quedó libre, el príncipe golpeó violentamente, con la aleta delantera, al pobre ciclista, derribándole. El golpe fue lo suficientemente

fuerte para que una pierna del muchacho quedara magullada, una de las ruedas de la bicicleta destrozada y su pantalón hecho jirones.

El ayudante resolvió el problema dándole un dinero para que se comprara otra rueda y otros pantalones pero, sobre todo, para que se callara, aunque el ciclista ni se enteró de que el imprudente conductor era, nada menos, que el príncipe Juan Carlos. Cuando el accidente llegó a los oídos del duque de la Torre, éste montó en cólera y, dirigiéndose a Armada, le ordenó: «Busca al muchacho para que te devuelva el dinero y de inmediato da parte del accidente a la Guardia Civil». Armada le recordó que el príncipe no tenía carné y que sería casi imposible encontrar al ciclista, ya que no se habían molestado en tomar la afiliación. «Haz lo que te digo y calla», le respondió. «No os dáis cuenta de las consecuencias si se le gangrena la herida?». Para el duque de la Torre nadie estaba por encima de la Ley. Ni tan siquiera el príncipe.

Le regaló el carné

Después del atropello y consciente de que el príncipe le iba a seguir desobedeciendo, Martínez Campos decidió solucionar el problema *manu militari*: regalándole un carné de conducir por la cara y por ser vos quien sois. Aunque destemplado, imprevisible en sus reacciones, antipático, incapaz de un gesto de ternura, fácilmente irascible y, a veces, hasta cruel, rodeó de tanta imaginación y calidez lo del regalo que don Juan Carlos

recibió, en el transcurso de una cena en el palacio de Montellano, una de las pocas y agradables sorpresas en aquella época. Se trató de una serie de sobres, introducidos uno dentro de otro, al estilo de las famosas *matrioskas* rusas. Cada una con su mensaje: «máximo interés», «muy reservado», «muy confidencial». Hasta el último sobre en el que figuraba la palabra «muy personal»: era el que contenía el permiso de conducir.

Y del cuadro del rey ¿qué?

Antonio López, el sencillo y modesto gran pintor que presume, con falsa humildad, de viajar en el metro, se embolsará 190.000 euros por el retrato de Álvarez Cascos para la galería de Fomento. Estando como está el país en quiebra total, parece excesivo. Mejor sería colocar una fotografía, como hizo Manuel Marín. ¿El coste? 24.780 euros. Hay tiempo de rectificar. El retrato no ha sido realizado aún. Pero a lo mejor sucede lo que con el retrato de la Familia Real, encargado hace más

de 15 años, aunque pagado ya está por Patrimonio. Tal vez para justificar el retraso, no se le ocurrió otra cosa al maestro manchego que preguntarle al rey si incluía en el grupo de la familia también a Letizia. El ¡nooo! de su Majestad todavía resuena en palacio. Si ya no está Marichalar y, afortunadamente, Iñaki tampoco, ¿para que Letizia? En el fondo, al rey le gustaría que en el cuadro sólo figuraran los de su sangre (Elena, Cristina y Felipe). A lo peor... ni doña Sofía.



Sus dos grandes pasiones: los coches y las mujeres.

CHSSSS... La gran dama ha declarado: «Una, a veces, es pobre». ¿Se acordará de que hace 30 años Alfredo Fraile y su esposa le tuvieron que comprar un billete de vuelta a Los Angeles porque alguien la había dejado tirada en el aeropuerto de Miami? ■■■ Ahora que se habla mucho de ella por motivos de herencia, recuerdo el día que, encontrándose junto a varias personas importantes en una reunión en el hotel Villamagna de Madrid, se dedicó a arreglarse y pintarse las uñas ■■■ Aunque su esposo era zafio y ordinario como el que más, le llamó la atención haciéndole ver que era de mala educación lo que estaba haciendo. ■■■ Tan cerca físicamente estos días de su hermana y tan lejos en lo afectivo por culpa del presunto, el cuñadísimo. ¡Qué pena, señor!